

LAS MONTAÑAS DE ARENA

Había una vez, ya hace unos cuantos años, al otro lado del planeta, un país denominado Vidralp. En este país vivía Pedro Gorrión, un pájaro muy vivaracho pero a la vez muy pero que muy despistado. Siempre se olvidaba las cosas, las perdía, se las dejaba... y por eso es por lo que todo el mundo le conocía en su país, incluso le habían puesto el apodo de Soñador . Él no se enfadaba cuando le decían esto porque sabía que era verdad. Incluso le había acabado viendo la parte positiva puesto que, gracias a esto, estaba fuerte como un roble y era ágil como una liebre, porque siempre tenía que ir arriba y abajo recogiendo todo aquello que se había dejado: "quien no tiene cabeza tiene que tener alas"- decía él mientras volaba otra vez para ir a buscar aquello que se había olvidado de coger.

Pedro Gorrión tenía una pájara, la Lavandera Maria. Ella le quería mucho y, como que ya hacía 3 años que volaban juntos, decidió regalar a su gorrión preferido el anillo más bonito que nunca hayáis visto. Era un anillo plateado, muy reluciente, con el nombre de ella grabado en la parte de dentro... hecho por un pájaro artesano que se dedicaba a hacer los mejores anillos a medida del país... a medida de las patas de los pájaros, claro está, porque los pájaros se ponen los anillos en las patas, ¡no a los dedos!

Un día Pedro Gorrión fue con su pandilla de amigos a pasar el día a una montaña que había por allí cerca. Volaron, jugaron, prepararon la comida, hicieron la siesta, siguieron jugando... y cuando llegó la hora de marchar... ¡Pedro Gorrión se dio cuenta que había perdido el anillo!!!! ¡Que el anillo que Maria le había regalado hacía 2 días lo había perdido!!!! 'No podía marchar sin el anillo!!!! Seguro que María se pondría muy triste y ... no, no, ¡lo tenía que encontrar fuera cómo fuera! Así que organizó a todos sus amigos y se pusieron a buscar el anillo entre la arena. Removieron y removieron sin cesar, pero cada vez era más oscuro y se veía menos. Además, se hacía tarde y tenían que volver a casa porque no había avisado que no irían a cenar y no querían que sus padres se preocuparan. Los amigos dejaron a Pedro Gorrión a solas, en la montaña, buscando su anillo. Él siguió removiendo la arena durante mucho rato, tanto que acabó totalmente agotado y cayó dormido.

Al día siguiente por la mañana no lo despertó el Sol, no, le despertó un ruido muy fuerte. Abrió los ojos y vio un montón de máquinas excavadoras que cogían la arena de la montaña y la cargaban en unos camiones. ¡Llenaron un camión, dos camiones, un montón de camiones! Se pasaron así toda la mañana. ¡Se llevaron la montaña entera!!!! ¿Y ahora dónde irían a jugar??? ¡Además, por allí, en algún rincón de la montaña también estaba su anillo!!!! ¡Esto si que no podía ser!, ¡él tenía que recuperar el anillo!!! Esperó que todos los camiones se fueran cargados de arena y los siguió volando, escondiéndose de nube a nube para que nadie le viera.

De repente todos los camiones pararon, habían llegado a un edificio muy feo, negro, con unas chimeneas muy gordas y allá empezaron a descargar toda la arena de la montaña que llevaban. La metían dentro de un horno muy grande que había allí. Una vez toda la arena descargada, cerraron la puerta y los camiones marcharon. Dentro del horno hubo una llamada, como un incendio muy gordo, como todas las hogueras de San Juan juntas, ¡como unos grandes fuegos artificiales!!! Pero estos no eran nada bonitos, no, daban miedo, echaban un humo muy negro y deslumbraban mucho. Pedro Gorrión se tuvo que proteger el pico con las alas, para no respirar aquel aire negro y sucio, pero no tuvo tiempo de protegerse los ojos y por un momento se pensó que se había quedado ciego. No veía nada, lo veía todo negro y se le aparecían como unas luces a la vez que iba oyendo un gran crepitar, ¡estaban quemando su montaña!!!!

De pronto se apagó el fuego y Pedro, poco a poco, fue abriendo los ojos y le empezó a volver la visión; pudo ver su montaña convertida en un puñado de polvo. Pero ¿qué habían hecho???? No entendía nada. No entendía por qué se habían llevado la montaña, porque la habían quemado, ni tampoco cómo es que la habían convertido en aquel puñado de polvo.

De todos modos él había ido hasta allá para encontrar su anillo, así que bajó de su escondrijo y cuando nadie lo veía se puso a remover aquello que antes era su montaña; y cuál fue su sorpresa cuando se dio cuenta que aquella nueva arena ya no era como la anterior, que aquella arena tenía muchos colores, pero no era bonita, era mucho más reluciente, demasiado, hacía daño a los ojos si la mirabas fijamente y, además, ¡al tocarla cortaba!

Pedro Gorrión escuchó un ruido, ¡volvían a venir los camiones!!!! voló cómo pudo, porque los pies todavía le dolían de la arena que cortaba, y se escondió encima de uno de ellos (además, así lo veía todo y no tenía que volar, el camión lo llevaría allá donde fueran ahora). Recogieron toda esta arena nueva y la fueron a dejar a otro edificio igual al que estaban, pero algo más pequeño. Y pasó lo mismo, otra vez la explosión, el incendio, los cohetes de San Juan... con la diferencia de que ahora todo era mucho más pequeño: el ruido era más débil, el fuego era menos vivo...

Pedro pensó: "claro está, como ahora había menos arena la explosión también es más pequeña y, por lo tanto, ahora saldrá otra vez mi montaña pero todavía será más pequeña, con mucha menos arena". Era fácil llegar a esta conclusión, parecía lógica. ¡Pero... no! Esta vez, cuando acabó la explosión, en vez de salir arena ¡salieron botellas!!!! ¡Sí, botellas de vidrio!!!!

No entendía nada, nada de nada: ¿arena, fuego, botellas de vidrio...? Y resulta que su anillo ¡estaba dentro de una de aquellas botellas!!!! levantó la cabeza, miró a ambos lados vigilando que no lo viera nadie, se preparó y salió volando hacia la botella en la que estaba su anillo, la cogió cómo pudo y ... ¡PLOF!!!! ¡Se le cayó al suelo y se rompió en mil pedazos! Pesaba mucho aquella botella para él, ¡él era un gorrión!!! ¿Y ahora qué? ¿Qué tenía que hacer? Por el momento todavía no le había visto nadie, pero si dejaba todos los trozos de vidrio por el suelo seguro que lo descubrirían.

Antes que nada cogió su anillo y se lo puso en la pata, para pensar mejor y sentirse más cerca de su querida, y después... ¡ya está! Llevaría todos los trocitos de botella al contenedor verde, el del vidrio, porque así lo reciclarían y nadie se daría cuenta de que faltaba una botella (porque había muchísimas, seguro que nadie la echaría de menos).

Pedro Gorrión, tras echar a reciclar todos los trocitos de botella al contenedor, marchó volando a hablar con el Búho, el pájaro más sabio de su país, porque necesitaba explicarle todo lo que había visto, a ver si él le sabía explicar qué había pasado con su montaña.

El Búho lo estuvo escuchando muy atentamente hasta que Pedro acabó de explicarle toda la historia que acababa de vivir (de la montaña, el fuego fuerte, el polvo que cortaba, el fuego más pequeño y las botellas), entonces le dijo:

- Estaban haciendo vidrio.

- ¿Qué?- respondió Pedro.

- Sí, se trata de una fábrica de botellas de vidrio - continuó explicando el sabio Búho- primero cogen arena de una cantera o de una montaña y después la ponen en un horno a fuego muy, muy fuerte que echa mucho humo y ensucia el aire. De este horno sale el polvo de vidrio, que son vidrios muy pequeños pero sin forma, parece arena pero no lo es, por eso se llama polvo de vidrio. Después lo vuelven a poner en otro horno más pequeño, que ya no ensucia tanto el aire que respiramos, ahora sólo es para darle forma al vidrio, forma de botella por ejemplo, por eso viste salir un montón.

- ¡Ostras tú, pero si todo sigue así nosotros nos quedaremos sin montañas! ¡Y si no hay montañas también habrá menos árboles! ¡Y cada vez el aire estará más sucio y nos costará más respirar! ¿Qué haremos entonces? – dijo inquieto.

- Esto es cosa de los humanos, de las mujeres y los hombres del mundo, que no se dan cuenta que están destrozando la Tierra- decía el Búho cada vez más compungido- Muchas de las cosas que hacen sólo las hacen por dinero.

- ¿Cómo por dinero? –preguntó Pedro extrañado.

- Sí, para ellos ganar más dinero, para vender más... para hacerse más ricos y tener más, vaya. Venden las botellas a las tiendas.

- ¿Y qué podemos hacer nosotros? –seguía insistiendo el Gorrión.

- Nosotros, como no podemos hacer nada, la única cosa útil para ayudar a la Naturaleza, a todos nosotros, es reciclar. Ir a tirar dentro del contenedor verde, el del vidrio, todo aquello de vidrio que tengamos y que ya no nos sirva: las botellas de vidrio, los botes de vidrio de las conservas...

- Pero ¿qué ganaremos con esto? – continuó preguntando el gorrión.

- ¡Pues ganamos montañas! – respondió el Búho- quiero decir que ya no hará falta que vayan a buscar la arena a la montaña ni que la transformen en vidrio, ¡esto ya lo tendrán! Sólo hará falta que le vuelvan a dar forma de botella al vidrio roto.

- Ya pero... –observó Pedro- así igualmente tendrá que pasar por el horno pequeño, ¿verdad? Y esto también ensucia algo el aire.

- ¡Sí, pero mucho menos!! – dijo el Búho animado- ¡está muy bien que reciclemos! Imagínate que lo tiramos a la basura, entonces sí que se tendría que coger arena de la montaña y se contaminaría mucho más el aire.

Pedro Gorrión se fue hacia casa, aquél había sido un día muy largo, y necesitaba descansar, mañana ya pensaría qué hacer. Al día siguiente por la mañana, se levantó con más energía que nunca, dispuesto a explicarle a todo el mundo aquello que había aprendido. Convocó a todos sus amigos a la montaña donde habían ido hacía 2 días (sus amigos no sabían que aquella montaña ya no estaba, que la habían destrozado los hombres). Cuando llegaron y vieron aquel destrozo ¡se les pusieron las plumas de punta! ¿quién era capaz de destrozr una montaña?, se pusieron muy tristes y rápidamente pensaron que tenían que pasar a la acción, que tenían que hacer algo porque sino el año siguiente ya no habría prácticamente ninguna montaña en su país. ¡Eso no podía ser!

Pedro Gorrión les explicó, piando, todo lo que él había visto cuando fue a buscar el anillo, y que después el Búho le había dicho que lo que hacía falta hacer, para que no tuvieran que coger más arena de las montañas, era reciclar todas las cosas de vidrio que ya no usaran. En un momento todos los pájaros quedaron convencidos, era una cosa muy clara, ¡tenían que salvar la Naturaleza! Se equiparon bien (tenían que coger las gafas de sol para que no se les dañaran los ojos cuando vieran los fuegos de los hornos, una mascareta puntiaguda para taparse el pico y no tener que respirar todos aquellos humos negros, y alguna prenda de ropa oscura para camuflarse y que no los vieran los trabajadores) y marcharon, todos juntos, hasta la fábrica donde hacían el vidrio. Querían hacer que pararan de hacer vidrio nuevo, ¡querían que sólo fuera una fábrica de reciclaje!

Una vez allá, se dividieron, diez pájaros fueron hacia la derecha, diez hacia la izquierda, diez hacia adelante, diez más se quedaron por los alrededores de la puerta a vigilar, otros diez en el techo de la fábrica, y por último había diez que eran los que iban volando de un lugar al otro para ir informando de todo; hay que decirlo, estaban muy bien organizados.

De repente, empezaron a escuchar un ruido de vidrio contra vidrio, como cuando se chocan las copas y los vasos para brindar, miraron y vieron que las botellas ya no estaban todas separadas dispuestas a ser llenadas de líquido sino que estaban ¡todas juntas!! ¡Se habían reunido! Estaban hablando entre ellas y no se las veía nada calmadas. Pedro Gorrión y todos sus amigos emplumados pensaron que estaban nerviosas pero a la vez contentas porque habían llegado ellos; ¡pero no! ¡Estaban indignadas! ¡Ellas no querían que aquellos pájaros hicieran que las reciclaran!! ¡Que cada vez que alguien las utilizara después las tuviera que romper! ¡Lo que ellas querían era que las limpiaran!!!! Los pobres pájaros no entendían nada, ¿cómo que no querían ser recicladas?? ¿Pero y sus montañas?? Una de las botellas, la que llevaba la voz cantante de la reunión, se puso a explicárselo:

- Nosotras no queremos que nos tiren a la basura, tenéis razón, ¡pero tampoco queremos que nos reciclen cada vez! ¡Lo que queremos es que nos limpien! ¡Que nos duchen! Así, una vez vacías, ya usadas, nos dan una buena ducha y ya volvemos a estar listas por ser llenadas de nuevo. Antes de reciclarnos nos pueden limpiar ¡hasta 60 veces!

- ¡Ah! - dijo Pedro Gorrión- ¡ahora lo entiendo todo! ¡Además, si os limpian no hará falta pasar por el horno pequeño y por lo tanto no se ensuciará el aire! ¡Qué bien! ¡ganamos montañas y también aire limpio! muy bien, pues ya está decidido, ¡que os limpien!

- ¡Para el carro! – le contestó la botella- ¿pero qué te piensas, que nosotras no se lo hemos dicho muchas veces ya? ¿Crees que no se lo hemos explicado? ¡Pues sí que lo hemos hecho, un montón a veces!, lo que pasa es que no nos hacen caso, que los hombres y las mujeres de este mundo van a lo suyo y no piensan en la Naturaleza y en el mal que le hacen.

Todos los pájaros se quedaron con el pico bien abierto, ¿qué podían hacer? Estaba claro que hablando no lo conseguirían, porque las botellas ya lo habían intentado un montón de veces y no les habían hecho caso, así que tenían que hacer un plan no violento para conseguir que primero construyeran unas duchas y, una vez construidas, ellos mismos se darían cuenta de que era una muy buena opción. Decidido, harían el plan "cagada desde el aire". Se agruparon todos los pájaros, se sacaron las ropas de camuflaje que llevaban, puesto que lo que querían era llamar la atención de los hombres y las mujeres que trabajaban, y empezaron a volar muy bajo y muy rápido, por toda la fábrica, y les iban tocando la cabeza mientras piaban muy fuerte para que también les oyeran. Los hombres, al ver todos aquellos pájaros volando en su fábrica se pusieron manos a la obra, ¡tenían que sacar aquellos pajarotes inmediatamente! ¡No les podían dejar en la fábrica, seguro que romperían alguna botella! cogieron unos palos largos para cazar a los pájaros, y empezaron a repartir golpes al aire, para asustar los pájaros y que del miedo ellos mismos se agruparan, una vez estuvieran todos juntos ya sería más fácil echarlos. Golpearon sin cesar, y cuando los consiguieron tener todos agrupados... ¡los pájaros empezaron a cagar!!! ¡No paraban!! ¡Plish, plash, plish, plash!!, ¡una cagada tras otra!! ¡No pararon en diez minutos!!! ¡Imagináis qué sucio quedó todo!! Además, estaban todos agrupados justo encima de las botellas. El plan "cagada desde el aire" había funcionado. ¡Ahora tendrán que construir unas duchas para las botellas!, ¡no las podían llenar con todas aquellas cagadas encima!, ¡no las compraría nadie!

Todos los trabajadores tuvieron que parar su trabajo y ponerse manos a la obra a construir duchas. No les hacía ninguna gracia esto, porque ahora estaban perdiendo tiempo y después se tendrían que quedar más horas para acabar todo el trabajo.

- ¡Y todo por aquellos pajarotes marranos que habían decidido cagarse allá encima!!!! –iban diciendo los hombres y las mujeres de la fábrica.

Una vez construidas las duchas, cogieron las botellas y las pusieron todas adentro para limpiarlas bien y poder seguir con el proceso de la fábrica: llenarlas y ya dejarlas listas para vender.

Lo que los trabajadores no sabían es que mientras ellos estaban atareados construyendo las duchas, las botellas también se habían reunido y habían estado trabajando; habían hecho unas pancartas gigantes para hacer una manifestación. Cuando estuvieran ellas todas juntas y los trabajadores también todos juntos empezaría la manifestación, así las deberían escuchar a la fuerza. ¡Y este era el momento, estaban todos allí! Así que se agruparon bajo el agua de las duchas y empezaron a desplegar las pancartas que llevaban como lema: "¡Duchas para todas!". Es decir, las botellas no querían que las ducharan sólo hoy porque estaban sucias de las cagadas de los pájaros, querían que las lavaran siempre, ¡querían ser reutilizadas una y otra vez! No querían ser recicladas y menos todavía tiradas a la basura, querían ser lavadas.

- ¡Duchas para todas!– gritaban.

Los hombres y las mujeres se quedaron con la boca abierta, no sabían ni qué decir, les habían cogido por sorpresa! ¡Ellos no pensaban que las botellas hablaran y menos todavía que reivindicaran nada y que amara tanto la Naturaleza!!! Se les quedaron escuchando y entendieron que tenían razón, que no estaba bien aquello que hacían, y que si seguían así se quedarían sin montañas y sin aire limpio. Además, ahora que ya tenían las duchas construidas realmente era mucho más práctico usarlas que seguir haciendo todo el proceso para fabricar vidrio nuevo, ahora sólo les hacía falta limpiarlo!; y lo más importante, que a ellos también les gustaba que hubiera montañas.

Las botellas se pusieron muy contentas, ¡ahora ya no las tenían que romper cada vez!, pero ¿y en los otros países, qué? ¡Todavía hay países en los que tiran las botellas a la basura y eso es lo peor que se puede hacer!, y otros en los que las reciclan, que ya está mejor pero... ¡lo que realmente se debería hacer es lavarlas! Así que las botellas pidieron a los pájaros si les podían, trayendo el mensaje que querían transmitir en un papel y metérselo dentro. Y ahora son ellas mismas, las botellas, las que están viajando, por los ríos y los mares, escribiendo este mensaje a cualquier parte del mundo.

Y he aquí un viejo muy feo, que este cuento ya... no lo veo.